

INTRODUCCIÓN

PS. Y PS. SOCIAL, NESTOR G. Ganduglia

De fronteras y muros: identidades y memorias para transgredir los límites

Por tercera vez, el Foro Latinoamericano "Memoria e identidad", transgrede con saberes diversos este emblemático salón universitario, hoy repleto de vida. Y esto último puede parecer paradoja, porque estamos justo en la última semana de octubre. Si esto fuera México, estaríamos empezando ya a celebrar el Día de Difuntos, y pensando quizás cuál es la forma en que a vos y a mí y todos y todas nos gustaría que la parca nos encuentre, para poder ganarnos un lugar digno en el inmensamente honroso lugar de la memoria de los pueblos. Porque allí sí saben que la única muerte verdadera es el olvido.

Si esto, en cambio, fuera Bolivia, estaríamos celebrando Masta'ku, hermosa ritualización social de la reciprocidad, en que la gente aymara prepara con esmero las comidas más queridas por sus difuntos y difuntas, para alimentar su memoria y que no se les muera de hambre y nostalgia también. Y la gente que alguna vez se fue, vuelve para alimentar la tierra y fecundarla con semillas de vida al inicio de la temporada húmeda. Masta'ku es, según aprendí, la celebración de un nuevo ciclo de la vida, que requiere la presencia de los muertos para poder ser. Y es lindo porque allí se ve cantarle a los muertitos frente a sus tumbas para recibirlos, y se ve a niños junto con bandas de rocanrol y mariachis, porque los pueblos saben de diversidad mucho más que los académicos y, desde luego, muchísimo más que los políticos.

Si estuviéramos en territorio del pueblo celta, estaríamos celebrando Samhain, las vísperas del año nuevo, preparando la noche en que la línea divisoria entre el mundo de los vivos y el de los muertos se disipa en el deseo de las gentes de volver a conversar con sus difuntos y preguntarle a aquellas largas experiencias de vida por sus problemas actuales. Estaríamos encendiendo un fuego grande, una linterna gigante que alumbre el camino de los que regresan de la tierra. Para la gente celta, es el tiempo de mirarse uno mismo o una misma, y toda la Naturaleza (dicen) acompaña solidariamente ese gesto de introspección: baja la luz del sol, y se enlentecen los ritmos de todas las cosas. Antiguísima costumbre de comunión con la Tierra que las gentes sostuvieron por milenios hasta que llegaron los imperios (el romano primero, el británico, español y francés después) a aplastarlas y disfrazarlas de Halloween para que se extingan. O al menos, para que hablen de santos ajenos y no de muertitos nuestros, nomás.

Es que hoy, el imaginario de los pueblos se ha transformado en un territorio tan valioso y estratégico que los mismísimos sectores de poder se disputan un lugar en él, sin advertir que para ganarse un lugarcito en el imaginario colectivo hay que hacer mucho más que lo que los funcionarios y los mercados son capaces de hacer. En Ecuador, por ejemplo, el Ministro de Educación prohibió por decreto, hace un tiempo, celebrar Halloween en las escuelas públicas. Pero tampoco fue ni será para que se celebre Masta'ku: al pobre Ministro no se le ocurrió nada mejor que decretar ese día la obligatoriedad de rendir culto a los símbolos nacionales. En particular al escudo de armas de la Patria. Mientras tanto, en las calles y vitrinas de La Paz, lucen hoy vistosos letreros como el que dice:

"Transforma tu casa en una espectacular mansión embrujada de Halloween con este caldero lleno de decoraciones espeluznantes. Y asegúrate de que tus amigos diabólicos se unan a la fiesta con nuestras horripilantes invitaciones, calcomanías de demonio para ventana, y espantosos carteles importados que anuncian que tu casa es una "Haunted House".

Pero no estamos en territorio celta, ni andino, ni maya. Estamos en un mundo en el que el Gobierno de Francia ordenó, recientemente, la expulsión (con escolta policial hasta la frontera) de 30.000 niños y jóvenes hijos de inmigrantes para, según dicen, "defender la identidad nacional". ¡Qué enferma estará la pobre identidad francesa, si un puñado de niños representa una amenaza para su integridad!

Y estamos aquí, en Montevideo, en un templo del saber académico, iniciando el 3er. Foro Latinoamericano "Memoria e identidad". ¿Quiere eso decir que estamos tan lejos de aquellas gentes y pueblos?

Las tradiciones populares parecen querer decirnos algo en estas fechas: que nuestras generaciones antecesoras no deberían estar excluidas sólo por el hecho, irrelevante para la ocasión, de estar muertas. Si el motivo de su exclusión es que no puedan hablar y opinar y discutir con nosotros y nosotras el mundo que deseamos, aquí nomás está el Día en que nos piden nuestras gargantas prestadas para hacernos llegar sus saberes.

Hay aquí, en esta tarde y en este Paraninfo, muchísimas más personas que las que ustedes pueden ver. Miremos bien, porque esas presencias son nuestra responsabilidad, nuestro marco histórico, el cimiento que da sentido a nuestros propios mensajes.

Varias veces tuvieron que cerrar el Museo Yaqui de Cócorit, allá en el lejano Sonora de México, parte del otrora extenso territorio yaqui robado primero por los españoles, luego por mexicanos y estadounidenses. El Museo fue creado para preservar la memoria de la cultura milenaria del pueblo yaqui, descendiente de los exterminados mayas, que resistió la colonización hasta bien entrado el siglo XX. Pero pese a eso, han tenido que cerrarlo varias veces porque los funcionarios y visitantes no pueden soportar la presencia de una figura de mujer yaqui grande y de mirada severa que, cada tanto, sale de ninguna parte y se para a mirar a la gente en medio del local, haciendo a menudo que los turistas salgan de a cuatro por una puerta bastante estrecha.

Toda la gente de Cócorit sabe quién es esa señora: es doña Teresa Urrea, otrora conocida como la Reina de los Yaquis, no sólo porque tenía increíbles poderes de sanación que salvaron de la muerte a innumerables personas pobres y enfermas, sino especialmente porque dedicó las últimas décadas de su vida a curar la más terrible de las enfermedades de su pueblo: la opresión miserable de los blancos. Cuando comprendió que la única forma de sanar semejante mal era rebelándose contra el gobierno del general Porfirio Díaz en 1890, doña Teresa Urrea fue apresada y arrojada a la cárcel. Pero su prisión no hizo sino estimular el alzamiento en armas de los pueblos indígenas, así que el gobierno decidió sacarla de la celda y del país: fue deportada, para su desgracia, a los Estados Unidos. Desde allí siguió luchando por los derechos de su pueblo hasta su muerte. Hoy, los mismos que abrieron un Museo para sostener la memoria del pueblo guerrero de los yaquis se aterrán porque doña Teresa vuelve a su casa burlando a los antiguos y modernos guardias de la Frontera de la Muerte.

Fíjense bien, porque aquí están los muertos de la frontera gringa que vienen de la mano de doña Teresa. Mil novecientos millones de dólares costará levantar un muro y enviar seis mil agentes de la Guardia Nacional. Es la Muerte misma invirtiendo en el resguardo de su frontera. Y ya sabemos que, para quienes se han acostumbrado tristemente a lidiar con la miseria y la exclusión, tanto esfuerzo es inútil. Hoy emigra un latinoamericano por minuto. Y mientras haya un solo hombre o mujer en esta inmensamente rica América Latina que no encuentre para sí y su familia un sustento digno, habrá migrantes hacia los países que ganaron su opulencia a costa de la miseria de tantos. Y no habrá frontera, muro o guardia nacional que los detenga.

Y es que la memoria de los pueblos trasgrede las fronteras del tiempo occidental. Para poder comprender eso y escapar de las prisiones del tiempo hegemónico, deberíamos ser capaces de preguntarle por otros tiempos posibles a pueblos que saben de ello. Porque en realidad, la noción de un tiempo lineal, impersonal, implacable y sólo útil cuando produce bienes de consumo, es una noción occidental y bastante moderna. Otros pueblos tienen otros tiempos. Quizás ningún pueblo sepa tanto sobre el tiempo como el de la gente Anangu, que ha habitado la aridez inmensa de Ulurú por decenas de siglos y es el pueblo que más ha vivido casi sin interferencia alguna de otras culturas: ¡65.000 años! Y la gente anangu dice que su monte Ulurú no es sino un cruce de caminos de "Alcheringa", que puede traducirse más o menos literalmente como "el Tiempo del Sueño". Dicen que los Espíritus de todas las cosas decidieron, hace incontables milenios, inventar un tiempo previo a la Creación, exclusivamente dedicado a

que las gentes y los animales aprendieran a convivir entre sí y con la naturaleza. Lo más interesante es que los anangu afirman que Alcheringa, el Tiempo del Sueño, es *este tiempo*, y que la verdadera creación todavía no empezó. Quizás tengan razón.

Y aquí estamos, procurando aprender a transgredir fronteras, incluyendo las del tiempo. Inventando desde la memoria pasados y presentes abiertos desde cada voz, para que nos ayuden a pensar el futuro. La memoria no es pasado, como quieren hacernos creer. La memoria es proyecto. La esperanza misma reside en la memoria. Bien decía Leonel Lienlaf, amigo mapuche que sabe muchísimo sobre el tiempo porque es poeta, parado aquí mismo cuando la apertura del 1er. Foro Latinoamericano. *Sólo a ustedes, los winkas*, decía, *se les ocurre que tienen el futuro por delante. Mi abuela me dijo que entre mi gente siempre se supo que lo que está por delante es el futuro. Por eso lo podemos ver.* Y cuando le preguntamos cómo hace tu gente para construir un proyecto, contestó: *"Sencillo: transformando el pasado"*.

Para darnos una manito en esa tremenda tarea es que participarán también en este Foro Latinoamericano los asesinados y los desaparecidos de las dictaduras brutales del Sur, que ahora resurgen de las entrañas de la tierra para enseñarnos cuál debe ser el lugar de las memorias populares en los proyectos de país. Aparecerlos hoy aquí, y prestarles nuestras voces, es un deber histórico al que no vamos a renunciar.

Es por ese mismo motivo que están también en esta sala las niñas y los niños muertos en la guerra estúpida del Líbano, que aprendieron demasiado temprano que "guerra estúpida" es una redundancia cuando la guerra la deciden gobiernos irresponsables para saciar la sed de sangre de las naciones poderosas. Y están también hoy los 655.000 hombres, mujeres, niños y niñas muertos en Irak desde la primera invasión. Ellos y ellas fueron el sacrificio humano al Dios Petróleo, deidad insaciable hábilmente escondida tras el cuco moderno del terrorismo. Y también las innumerables personas que jamás tendrán una vida digna, porque la guerra de Irak cuesta mucho: ni más ni menos que 6.300 dólares por segundo. ¿A que no adivinan ustedes quienes pagarán esa fortuna impensable?

En Madrid todos saben de Ataúlfo, célebre aparición que se destaca entre las varias —casi siempre incomprendidas— que han embellecido el viejo edificio del actual Museo Reina Sofía desde que se creó, en el siglo XVII, para ser un inmenso hospital. Allí es donde está ahora el Guernica de Picasso. A juzgar por ciertas fotografías que muchos tienen por auténticas, y por el testimonio directo de una médium espiritista que visitó el lugar a pedido de los trabajadores, Ataúlfo sería el espíritu de un viejo monje asesinado por la dictadura durante la Guerra Civil. Hay incluso una carta escrita y firmada por un ex trabajador que, según dice él mismo, tuvo que pedir el traslado a otro nosocomio porque ya no soportaba la presencia más o menos permanente del molesto cura republicano que hasta hoy le produce malos sueños y nerviosismos. En esa carta solicita que se haga un exorcismo para erradicarlo, por la salud de los internados y el personal. No soy un experto en cuestiones paranormales y menos *espíritas*, pero estoy casi seguro de que, para erradicar las pesadillas por los miles de asesinados, torturados y desaparecidos durante la Guerra Civil, hace falta más que un exorcismo. Escuchen bien, porque aquí, en esta tarde, el padrecito Ataúlfo y las voces enterradas por la brutalidad del franquismo también están. Vinieron a traernos la poesía vigente de Machado y García Lorca y de Hernández, agarrados de las manos entrañables de la gente querida de la Otra España.

Si buscan bien entre los presentes, encontrarán a Mowbe. Mowbe era nomás un niño cuando su comunidad, de la etnia Nukak Bakú, tuvo que abandonar la selva en que vivió por milenios, desplazados por la violencia de un conflicto armado que no era suyo, sino de Colombia. Supo desde chico lo que es viajar cientos de kilómetros con los pies descalzos y la panza vacía, y aprendió que todo el inmenso volumen de conocimientos fascinantes que la gente Nukak Bakú acumuló por siglos sobre la tierra, la naturaleza, la salud y el alma, no sirve para vivir dignamente en las ciudades modernas, donde nadie es persona si no sabe Windows. De a poco, Mowbe creció cacique de su gente, y luchó por años y años para que alguien les prestara el apoyo mínimo para regresar a su territorio natural, porque los ancianos y los enfermos de miseria ya no podían volver a pie. Nadie los escuchó. Impotente frente al dolor de su pueblo, y seguramente con la esperanza de que sus voces fueran escuchadas, Mowbe se suicidó en una

calle de Villavicencio ayer, más o menos a esta misma hora. Miren bien, porque Mowbe está aquí todavía, tratando de hacerse escuchar. Y si lo encuentran, pídanle que nos ayude a todos y todas a recuperar la capacidad de indignarnos frente a la injusticia y la indiferencia.

Estamos justo en la última semana de octubre. Y a partir de hoy, por cuatro días, *esto sí es* territorio maya y amazónico, de los pueblos andinos, de las pampas y de los tres mares que nos bañan. Porque desde hoy, esto es territorio de América Afroamerindia. Y desde hoy, éste es territorio de los vivos y los muertos dignos de memoria, frontera abierta de los mundos visibles y también de los olvidados que luchan por borrar las fronteras. Todas las fronteras.

Si la identidad, como creo, es el conjunto de los motivos que tenemos para seguir juntos, es responsabilidad de todos y todas quienes estamos hoy aquí hacer de este 3er. Foro Latinoamericano una semilla de identidad común, que todos y todas llevemos de contrabando, burlando las aduanas y los muros, para fecundar de esperanza cada rincón del continente mágico.